

COMEDIAS. EL ARTE DE LA GUERRA

LA MANDRAGOLA

ANALISIS DE LA MISMA

Esta comedia, perteneciente sin duda alguna al género picaresco, fué escrita hacia el año mil quinientos cuatro, pero posteriormente fué completada y modificada en parte por su autor. El lenguaje de la obra es de lo más libre y llega a ser en ciertos momentos realmente licencioso. Emplea Maquiavelo a menudo en la comedia modismos florentinos y hace decir a sus personajes frases en un latín corrompido e impuro que, por otra parte, es el latín que se empleaba en la época.

Se desarrolla la comedia en la ciudad de Florencia e intervienen en ella siete personajes : Callimace, Siro, Nicia, Ligurio, Sostrata, el hermano Timoteo y Lucrecia. Comienza la obra con una canción de las ninfas y de los sátiros, incitando a las gentes al olvido de sus penas y al placer de vivir. Esta canción fué escrita varios años después de haber sido publicada *La Mandragola*, según lo demuestra la carta enviada por Maquiavelo a su amigo Giucadini. En esta canción, se alaba y pondera a un personaje que sin duda se trata de Clemente VII, en nombre del cual gobernaba Giucardini la Módena. A continua-

ción de esta canción, el autor expone en un breve prólogo, la trama de toda la obra, así como el carácter de cada uno de los personajes que en ella intervienen; todo ello podemos resumirlo en esta frase del citado prólogo que enumera y califica con brevedad, pero con singular acierto, a los héroes de esta comedia, que serán : « Un amante desesperado, un médico ingenuo, bueno y honrado, un monje poco morigerado y un parásito, hijo mimado de la suerte. » Esta sola enunciación de los personajes de la comedia, nos bastaría para indicar el carácter de la misma. El joven caballero enamorado y audaz, capaz de cometer la mayor locura por la mujer a quien ama, ella honrada y virtuosa, casada con un buen burgués, simple y honrado, con una confianza ciega en su mujer a la que venera casi tanto como a su profesión y a sus ganancias, y por último, el bribón sin escrúpulos que se ingenia de mil maneras para que el caballero consiga el amor de la bella pero al mismo tiempo virtuosa mujer, para conseguir él a su vez una generosa recompensa.

Es ésta la trama clásica, diremos así, de todas las comedias y novelas que se titulan del género picaresco, que aparecieron a fines del siglo xv y principios del siglo xvi en Italia, España y Francia. Este género especialísimo de comedias y novelas tuvo grandísimo éxito, cosa que se explica perfectamente, pues estas obras no hacían más que exponer a héroes de la vida real y que, por otra parte, entraña en la manera de ser de los pueblos de aquella época, con sus costumbres licenciosas, su moral pagana, que practicaban diariamente el engaño y la mentira en el amor y en la política y que no tenían en la vida más que un solo fin : buscar el placer sobre todas las cosas. Es por todas estas cosas que se explica el enorme éxito obtenido por *La Mandragola*, éxito que hoy día, olvidando el lugar y el

momento en que se escribió esta comedia, nos sorprende vivamente debido a la ingenuidad de los recursos cómicos empleados en ella y a lo burdo de los mismos.

En este mismo prólogo, Maquiavelo hace alusión a unos versos por él escritos años atrás y al mismo tiempo recordaba disimuladamente al papa León X, el abandono en que lo tenía. Este prólogo fué escrito posteriormente a la comedia en el año 1515, con motivo de que la obra sería representada delante del papa León X. La comedia consta de cinco actos. En el acto primero, Callimaco, joven caballero florentino educado en Francia, le refiere a su criado Siro que estando en París, con un florentino amigo suyo, discutían sobre la mayor belleza de la mujer francesa o de la italiana y que deseando su amigo convencerlo de lo último, le describió a una bellísima mujer, esposa de un médico florentino llamado Nicia y lo hizo con tanto entusiasmo que logró convencerlo y que queriendo ver tal maravilla, habíase venido a Florencia, donde encontró a Lucrecia, que así se llamaba la dama, y que verla y enamorarse no fué más que una misma cosa. Callimaco relata también que para llevar a cabo su difícilísimo propósito, pues Lucrecia era tan bella como honrada, habíase arreglado con Ligurio, pícaro de profesión, en que por una suma de dinero se comprometía a que Callimaco llevase a cabo sus propósitos. Ligurio trata en escenas posteriores de persuadir a Nicia, marido de Lucrecia, quien era de carácter tímido y de inteligencia estrecha, de que lleve a su mujer a los baños termales de San Filippo, para remediar con éstos, la infecundidad de Lucrecia. El plan de Ligurio era proporcionar a Callimaco en dichos baños, oportunidad de acercarse a Lucrecia en las numerosas fiestas y diversiones que allí se celebraban. Pero Ligurio no puede convencer a Nicia, de que efectúe dicho via-

je, debido a que Nicia ama sobre todo la tranquilidad de su vida, sin las preocupaciones de un viaje molesto y lejano. Es entonces cuando, desesperado ya Callimaco de conseguir sus deseos, le sugiere Ligurio la idea de que se haga pasar por un sabio médico llegado de París, médico que deberá ser consultado por Nicia, naturalmente, por consejo de Ligurio, sobre la infecundidad de Lucrecia, y es entonces cuando Callimaco debe ordenar el remedio, que le permitirá acercarse a la mujer que ama. En escenas posteriores, Ligurio convence a Nicia que ha llegado un sabio médico de París que es todo un portento, y le sugiere la idea que él tenga tal vez el remedio que colme sus deseos, deseos que se concentran en una sola idea : que Lucrecia tenga hijos. Una vez conseguido por Ligurio que Nicia se decida a visitar y consultar al falso médico, se pone de acuerdo con éste para engañar completamente al incauto Nicia, engaño que consistirá en convencer al inocente marido de la sabiduría y autoridad de Callimaco. Llega el momento de la entrevista y Ligurio al saludar a Callimaco, cambia con éste unas banales frases en latín, lo que termina de hacer creer a Nicia de que se halla delante de un verdadero sabio. Convencido de ello, relata a Callimaco el motivo de su visita y le pide le dé el remedio que permite a su esposa el tener hijos. Aquí, el falso médico, le explica con graciosa gravedad los motivos de los que pueden derivarse esta infecundidad y dice que estos motivos o bien pueden encontrarse en el hombre o bien en la mujer. Aquí Callimaco hace una serie de consideraciones y entabla un diálogo con Nicia, diálogo en el que se observa una crudeza que llega en ciertos momentos a la licencia. Termina la entrevista y Nicia sale admirado del saber de Callimaco y al mismo tiempo resuelto a volver a verlo a éste para obtener el ansiado remedio. En la escena siguiente, apa-

rece solo Siro, reflexionando filosóficamente sobre la conducta de su amo, y mofándose de la incredulidad y de la imbecilidad de Nicia.

En la última escena del acto segundo, Nicia retorna a consultar a Callimaco y éste afirma rotundamente que la única solución para provocar el embarazo en una mujer, en la situación de Lucrecia, consistiría en hacerla tomar un brebaje, pero que el primer hombre que con ella durmiese debía morir fatalmente, y el único remedio consistiría en encontrar un individuo que pasase con ella la primera noche después de ingerida la preparación. Sucedido esto, agregaba Callimaco, ya no habría peligro alguno para su marido. Al oír estas palabras, Nicia se desespera, pues dice que no sabe cuál es peor desgracia, si no tener hijos o aparecer como un esposo sin honor. Callimaco le responde que lo que a él le parece un dilema terrible es una cosa fácil y que, por otra parte, acontece diariamente a los reyes y a los grandes señores, los que no se molestan mayormente, pues se limitan a hacer traer para la primer noche de tomado el remedio a un pobre diablo, al que después de haberle dado una moneda se le abandona a su suerte, necesariamente fatal. Nicia considera todas estas razones y termina por encontrar muy natural el remedio propuesto, pues él se dice : si lo que a mí me sucede, les ocurre a los grandes señores y éstos no vacilan en llevar a cabo el remedio de Callimaco, ¿por qué no he hacer lo mismo yo? Pero queda, sin embargo, a pesar del consentimiento de Nicia, un gravísimo obstáculo para llevar al cumplimiento de los planes de Callimaco, y este obstáculo es la misma Lucrecia, pues, siendo ésta la virtud personificada, ¿cómo consentirá en prestarse a este extraño arreglo? Nicia mismo reconoce la gravedad del inconveniente y dice que sólo podría vencerse la resistencia de Lucrecia

si ésta fuese aconsejada en tal sentido por su propio confesor, a quien únicamente acudiría en un asunto semejante, por consejo de su madre.

Nicia sostiene que si su esposa acudiese al confesor, el resto sería tarea fácil, pues este sacerdote es un buen hombre que entiende las cosas por el lado de su conveniencia y que mediante una suma de dinero se prestaría a ayudarlos en sus planes. Aquí observaremos algo realmente notable : esta obra, representada delante de un pontífice, admitía como cosa ordinaria y natural que un confesor, una de las más consagradas funciones encomendadas por la Iglesia a sus sacerdotes, por un puñado de dinero se convirtiese en instrumento de las pasiones adulteras de un individuo; y es que, lo repito nuevamente, para juzgar esta comedia, y como ella toda la obra de Maquiavelo, hay que ponerse en aquella época en que el clero, alto y bajo, consideraba como algo corriente la simonía, en que papas y obispos encarnaban la religión de la Italia del siglo XVI, que era la religión del placer más desenfrenado.

Se cierra este acto con una canción exaltando el amor de Callimaco y burlándose de la imbecilidad de Nicia.

En el tercer acto, conversan amigablemente Nicia y Ligurio; el primero se lamenta de la extrema delicadeza de su mujer, delicadeza que él considera ridícula y que viene a embrollar y a complicar las cosas. Y le refiere a Ligurio que ya una vez que por consejo de una vecina, Lucrecia, para poner fin a su esterilidad, había hecho promesa de asistir a las primeras cuarenta misas en un convento cercano, habiendo asistido ya a casi veinte misas, desistió de seguir concurriendo al convento por el solo hecho de que un monje le hizo insinuaciones malignas. Después de este suceso, prosigue Nicia, ella está continuamente sobre aviso. Después de esta conversación se encaminan

ambos en busca del hermano Timoteo, a quien Ligurio, después de relatarle una complicada historia, le pide que aconseje a Lucrecia que beba la preparación y siga los consejos de su esposo, al mismo tiempo que promete Ligurio, en nombre de Nicia, una buena suma de dinero para limosnas, siempre que Timoteo logre persuadir a Lucrecia.

Timoteo consiente en aconsejar a la esposa de Nicia, en la forma que se le había indicado, pero al mismo tiempo se da cuenta de que la historia que ha oído no es más que una farsa, pero de la que él puede sacar provecho y dinero. En la escena siguiente, acude Lucrecia a confesarse, acompañada por su madre Sostrata; al referir sus pecados a Timoteo, le plantea el problema si debe o no debe seguir el consejo de su marido y de su madre, que a ella, como mujer honesta, le repugna cumplir. Pero Timoteo, con habilidad y sutileza la interroga : tenéis necesariamente que sufrir dos males, le dice, el uno cierto y gravísimo, que es el de nunca tener hijos, el de dejar a vuestro marido sin un vástagos que alegre su vejez ; el otro mal, causar la muerte de un hombre que no conocéis, y con quien sólo estaréis breves horas, cuya muerte no es segura, pues se han dado casos en que el individuo que se prestaba a tal cosa sobrevivía sin sufrir mal alguno. Timoteo vence los escrúpulos de Lucrecia y logra que ésta se someta por completo a las órdenes de su ingenuo esposo. Termina el tercer acto con una canción que dice « ¡cuán dulce es la astucia que conduce al propósito que deseamos con pasión, alabados sean los obstáculos incentivos de nuestra pasión! ».

En el acto cuarto, Callimaco discurre sobre lo poco feliz de su vida desde que conoció a Lucrecia ; para él ya no hay tranquilidad ; todo es un sobresalto y motivo de desvelo. Y termina « y quién sabe cuándo obtenga el fin deseado,

si éste será tan precioso para compensarme de los sufrimientos y las penas que he pasado ». Aquí Maquiavelo enuncia la eterna verdad condenada por Oscar Wilde en estas breves palabras : « La felicidad no consiste en haber alcanzado una cosa, sino en tratar de conseguirla. »

Aparece Ligurio con la feliz noticia de que todo está arreglado, pues el último obstáculo que residía en Lucrecia, había desaparecido gracias a la intervención de Timoteo. Ligurio instruye a Callimaco de la forma en que deberá comportarse, y le aconseja que una vez que obtenga su propósito confiese toda la verdad a Lucrecia, con la plena seguridad de que ésta no sólo le perdonará su avaricia, sino también que lo convertirá en su amante. En fin, todo está listo; Timoteo, Ligurio y Siro van en busca de Nicia, a quien encuentran radiante y confiado en tener pronta descendencia; a propósito de ello, Ligurio le dirige frases irónicas y de doble sentido, que por supuesto, Nicia, con su acostumbrada ingenuidad, no comprende. Por último, se produce el encuentro convenido de antemano con Callimaco, el que sin oponer mucha resistencia se deja conducir dócilmente. Termina el acto con una canción glorificando a la noche que cubre y favorece el amor y el placer. En el quinto, último de la comedia, aparece Timoteo reflexionando sobre lo sucedido; cosas parecidas suceden continuamente en Florencia en aquellos años, atribuyéndolo a la corrupción y a la falta de piedad cristiana cuya disminución se observa día a día en el espíritu de la gente. Timoteo culpa de ser causante de todo esto a la misma iglesia que cuida cada vez menos de la moral de sus ministros. Todos estos amargos reproches los hace Timoteo con la mayor sinceridad, olvidando, sin embargo, que él es uno de esos mismos sacerdotes que lucran con la fe sincera y sencilla de las gentes, y que son los

que directamente provocan el descrédito de la religión.

Termina la obra con el regocijo de Nicia por considerar seguro el nacimiento de un heredero, con la alegría de Lucrecia por haber encontrado un amante joven y ardiente que le hará mirar la vida por el lado mejor que ella tiene, el amor; y con el goce de Callimaco por haber conquistado a Lucrecia, objeto de su pasión.

Este es el fin de la comedia, final que no puede ser más plácido, diremos así, y que satisface a todos los personajes de la obra, puesto que cada uno de ellos queda convencido de ser el más feliz mortal de la tierra.

Como punto final de *La Mandrágola*, coloca Maquiavelo una canción alusiva al feliz desenlace de la misma. Se ha observado que esta canción tiene una similitud aproximadísima con un gracioso verso de Lafontaine, en cuyas estrofas se describe jocosamente una situación idéntica a la que resulta del fin de la comedia de Maquiavelo y cuyos personajes llevan el mismo nombre que los héroes de ésta.

CRÍTICA DE «LA MANDRÁGOLA»

Pasquale Villari, en *Niccolo Machiavelli e suoi tempi*, tercer tomo, dice que es la mejor comedia del teatro italiano, y cita un juicio de lord Macaulay, quien afirma que esta obra es superior a la mejor de Goldoni y sólo inferior a la más bella de las comedias de Molière. Villari atribuye a *La Mandrágola* una gran importancia, pues afirma que no sólo nos da a conocer el genio cómico de Maquiavelo, sino también nos revela el concepto que éste se había formado de los hombres de la sociedad de su tiempo. A este respecto se observa a través de la trama de la comedia, que ésta tenía por escenario una sociedad corrompida en la que actuaban, lógicamente, individuos sin moral alguna.

En efecto, observemos y analicemos cada uno de los personajes de *La Mandragola*; así, Lucrecia es naturalmente virtuosa, pero es un ser negativo, sin voluntad propia, que se somete a los más extravagantes caprichos y que se aviene con las situaciones más raras. Nicia es un pobre hombre, de una inteligencia limitadísima y que no se preocupa gran cosa de la fidelidad que su mujer pueda guardarle. Callimaco es un individuo con un sentimiento predominante, su pasión por Lucrecia, sentimiento al que sacrifica toda clase de escrúpulos y que para llevar a cabo su deseo no vacila en recurrir a los medios más reprobables. Por último Ligurio y Timoteo representan dos tipos característicos de la época; el primero, el « pícaro » que vive de los servicios turbios que presta en cuestiones de amor, y el segundo es el monje que se sirve de la religión como medio para ganarse la vida. Termina Villari su juicio sobre *La Mandragola*, diciendo que ésta es la comedia de la sociedad de la que *El príncipe* fué la tragedia. Al referirse al estilo de la obra, afirma Villari que su autor merece que se le coloque entre los primeros prosistas italianos y que en cuanto a su intención es la de hacer una sátira sangrienta de la sociedad florentina.

L. Etienne, en *Historia de la literatura italiana*, emite este juicio breve, pero elocuente : *La Mandragola* es una aventura de lo más licenciosa, desenvuelta en una pieza bien construída, donde los caracteres están pintados con trazos vigorosos, siendo su fondo el reflejo de las costumbres de su época. Después de haberla leído — prosigue — no nos sorprende la admiración que por ella sintieron Voltaire, Goethe y tantos otros no menos ilustres; pero lo que asombra al que enuncia esta crítica es que *La Mandragola* haya sido representada delante del Papa León X y de los jóvenes príncipes de Médicis. »

Explica Etienne este aparente contraste, diciendo que las reglas del gusto y de la medida no son las mismas en todos los tiempos. Para dar una idea de la crudeza de la comedia de Maquiavelo, nos bastará citar a Goldoni, quien refiere que leyendo una vez *La Mandrágola*, fué sorprendido por su padre y amonestado severamente; sintió entonces, dice, que los poetas italianos no hubiesen seguido los pasos de Maquiavelo y él se decidió a tomarlo como maestro, siguiendo lo mucho de bueno que tenían sus comedias, pero prescindiendo de la forma libre y a veces obscena de las mismas.

Después de haber leído *La Mandrágola*, y los diversos juicios que sobre ella se han emitido, daremos, en la medida de nuestros conocimientos, una opinión modestísima sobre la misma. A nuestro juicio, Maquiavelo al escribir esta comedia lo hizo con el solo y exclusivo objeto de divertir a su auditorio. No se propuso hacer una sátira sanguinaria de la sociedad en que vivía. Villari afirma esto último, pero sin que pueda apoyar su tesis en alguna prueba concluyente. En efecto, Maquiavelo se limita en un estilo sencillo y elegante a poner en escena una inverosímil aventura cuyos héroes, como yo lo he dicho, eran los individuos corrientes de la Florencia del siglo XVI.

LA CLIZIA

COMEDIA EN PROSA. — CINCO ACTOS

La comedia se halla precedida de un corto prólogo, en el que Maquiavelo observa que los sucesos se repiten continuamente, que las cosas son siempre las mismas y que si parecen diferentes, se debe a que ocurren en tiempo y lugares distintos.

Así observa que una singular aventura ocurrió en Atenas en siglos pasados : Un ciudadano ateniense recoge en su casa a una pequeña niña abandonada ; ésta, al crecer y al hacerse mujer, seduce a todo el mundo por su gracia y hermosura. De ella se prenda con amor repentino el viejo ciudadano y de ella se enamora perdidamente también su hijo, estableciéndose entre ambos una extraña rivalidad. Después de múltiples y extravagantes sucesos, el viejo ateniense comprende lo ridículo de su pasión y la joven se casa con su hijo, restableciéndose así la paz en la familia, hasta entonces desquiciada. Esta misma historia, añade Maquiavelo, se repite en Florencia centenares de años más tarde, desarrollándose y finalizando en idéntica forma que la anterior. Esta vez, los héroes serán : Nicomaco, viejo poseído por un senil amor hacia la joven que ha criado y educado ; Leandro, su hijo, que ama también a Clizia, que así es el nombre de la doncella ; Palamedo, amigo íntimo de Cleandro ; Sofronia, esposa de Nicomaco, que tiene por sirvienta a Doria ; aparecen en último lugar Raimondo, caballero napolitano que actúa al final de la obra ; el burgués Damone y su esposa Sostrata. Termina el prólogo diciendo que el autor procurará sobre todo hacer reír y que para ello se valdrá de todos los recursos que estén a su alcance.

Primer acto : Aparecen Cleandro y su amigo Palomedes ; el primero refiere su amor por Clizia y relata la forma en que ésta, siendo niña, había sido dejada en su casa por un caballero francés, quien después de haber recomendado que fuese educada con todo cuidado y consideración, había partido para la guerra, de donde nunca más había vuelto, ni había enviado noticias. Cleandro prosigue relatando a su amigo, cómo desde niño había empezado a amar a Clizia y que cuando más profundo era su cariño por la

joven, notó con horror que su anciano padre había puesto en ella los ojos con las peores intenciones. Desde entonces la vida fué para él un suplicio, pues se había convertido en rival de su propio padre.

Acto segundo : Nicomaco se pregunta en qué forma podrá hacer suya a Clizia y halla al fin la idea que le permitirá cumplir sus deseos. Enterado de la pasión que Clizia había despertado en el corazón de su criado Pirro, consiente en casarlo con la joven con la condición de que una vez desposado con ella le permitirá satisfacer su innoble pasión. En la escena siguiente Sofronia, esposa de Nicomaco, se lamenta del cambio operado en su marido. De cariñoso y solícito habíase convertido en brutal y díscolo, por obra de aquella maldita pasión, pasión que Sofronia adivinaba y contra la cual pretendía luchar sin éxito alguno. Después de una escena en que Pirro y Eustaquio disputan injuriándose groseramente, termina el acto con una canción en la que se pondera el amor de la juventud y en la que se ridiculiza la pasión senil que es un pecado contra la vida misma.

Acto tercero : Padre e hijo hablan sobre Clizia, disimulando ambos los sentimientos que ella les inspira. Nicomaco dice que la joven ha llegado a la edad en que debe pensar en casarse y que él ya le ha elegido marido; éste ha de ser Pirro, hombre humilde pero honrado. Cleandro le hace ver la inconveniencia de elegir por esposo de Clizia a un hombre que no deja de ser un simple criado. Nicomaco se exalta y dice que él es el jefe de la casa y que hará en ella lo que le plazca, decidiéndose no sólo a ordenar que la boda se efectúe, sino que ésta deberá celebrarse esa misma noche. Sofronia, cansada ya de luchar con la obstinación de su marido, cede y consiente en que el casamiento se realice. Cierra el acto una canción en la que

Maquiavelo reflexiona sobre el carácter de la mujer y sobre lo peligroso que resulta el ofenderla.

Acto cuarto : En este acto se recurre al medio extraordinario para solucionar el conflicto, solución que como en *La Mandragola* ha de satisfacer a todo el mundo. Es así que la boda se realiza, pero después de celebrada, la criada Doria, en combinación con Cleandro, hace creer a Pirro y a Nicomaco que Clizia se ha enloquecido. Terminando el acto con la misma canción que antecede en *La Mandragola* a aquella escena en que Calimaco posee a Lucrecia : « qué dulce es la astucia que conduce al fin que deseamos con pasión ».

Acto quinto : En este último acto, Siro se ha disfrazado de Clizia y cuando Nicomaco, protegido por las sombras de la noche, quiere consumar sus innobles propósitos, se siente brutalmente sacudido y golpeado ; después de este inesperado suceso, se da cuenta Nicomaco de que ha sido objeto de una burla, pero en lugar de encolerizarse, comprende que lo ocurrido bien merecido se lo tiene, volviendo arrepentido a los brazos de Sofronia. Clizia y Cleandro han llegado a obtener por fin su deseo, casarse, pero antes de ello aparece un nuevo personaje, Ramondo, rico caballero napolitano que declara ser padre de la joven y que da gozoso el consentimiento para que la ansiada boda se realice. Termina la comedia con una canción en la que se proclama que la virtud y la honestidad tienen siempre su premio.

Villari, en *Maquiavelo y su tiempo*, dice de la Clizia que es una simple imitación de la Casina de Plauto, siendo muy superior la obra de este último, pues Plauto en pocas palabras pinta las más graciosas situaciones, a diferencia de Maquiavelo que necesita para ello largas frases.

Macaulay opina, igualmente, que Maquiavelo ha imitado a Plauto, trasplantando la trama y las acciones a un estado social distinto.

Como se ve, sobre el valor de la *Clizia* no hay discusión alguna. Se la considera universalmente una obra mediocre sin méritos propios ni caracteres definidos, sin rasgo alguno sobresaliente, no pudiéndosela comparar a *La Mandrágola*, que le es infinitamente superior.

ARTE DE LA GUERRA

El *Arte de la guerra*, fué escrito en 1520, por Nicolás Maquiavelo, dedicado a su amigo Lorenzo di Filippo Strozzi con las siguientes palabras en su prólogo : « ... A vos toca, Lorenzo, apreciar mi trabajo y juzgar si merece alabanza o censura. Os lo dedico no sólo en prueba de gratitud por los beneficios que me habéis hecho, ya que en mi situación no puedo daros otra, sino también por ser costumbre honrar en esta clase de trabajos con los nombres de quienes brillan por su nobleza, riquezas, ingenio y liberalidad, siendo así que en nobleza y riqueza no muchos igualan, en ingenio pocos y en liberalidad ninguno. »

Es muy discutido el valor real de esta obra como arte militar en relación con su época, ya que para los tiempos modernos las armas y métodos de combatir han variado fundamentalmente. Los combates entonces se realizaban en campo abierto, chocaban los dos ejércitos y triunfaba aquel que conseguía arrollar al contrario; poco se conocía las armas de fuego y muy escasa importancia vemos que le da Maquiavelo; es esto quizá su más grande error.

Dice a este respecto Pasquale Villari, en su obra *Niccolò Machiavelli e i suoi tempi* : « Es difícil hacer un exa-

men crítico del *Arte de la guerra*. Cuando éste fué escrito, las armas de fuego no habían producido la revolución que modificó substancialmente los ejércitos, creando la táctica moderna. »

Aparte de otras virtudes que más adelante analizaré, tiene este libro el de ser un precursor en el arte militar, ya que por primera vez un autor se atrevía a escribir sobre esta materia; dice Villari : « Fué Maquiavelo el que en cierto modo osó iniciarla y lo hizo con una audacia intelectual no menor de aquella que necesitó para crear la ciencia del Estado ». Fué, además, el *Arte de la guerra*, escrita por un hombre cuya profesión no eran las armas, según él mismo lo confiesa en su prólogo, diciendo : « ...he determinado así hacer algo en estos tiempos de mi forzosa inacción, escribir para los amantes de la antigüedad, lo que yo sepa del arte de la guerra; y aunque sea atrevimiento tratar de una profesión que no practico, no creo incurrir en error al ocupar teóricamente un puesto que otros con mayor presunción han ocupado prácticamente. »

Si bien es cierto que no habiendo sido Maquiavelo hombre de armas, quita mucho de su valor al arte moderno, en cuanto a su faz práctica se refiere, no es menos cierto que teóricamente tiene una gran importancia, pues no hay duda que los procedimientos empleados por los romanos eran sumamente eficaces y éste procura en todo momento imitarle.

Para poner en práctica las enseñanzas del *Arte de la guerra*, hubiera sido necesario, según lo reconoce el mismo Maquiavelo, cambiar fundamentalmente el armamento, costumbre y modo de combatir de los hombres de su época; vemos los partidarios de la infantería con armas ligeras, lo que permitiría gran agilidad en el combate y

una mayor rapidez en las marchas, ataca a la caballería concediéndole un valor secundario, y da muy escasa importancia a la artillería a pesar de que ya en 1520 se había demostrado su eficacia.

Opino que esto se debe a que el autor, ciego admirador de los romanos y habiendo visto pelear a los suizos que los imitaban, se oponía a todo lo que pudiese evitar la lucha cuerpo a cuerpo y a arma blanca, que era lo que esas tropas inmediatamente buscaban.

Por consiguiente, como arte militar es muy escasa la importancia de este libro; es quizá mucho mayor la que tiene como expresión de un ideal, cual es la unificación de Italia y la formación de un ejército nacional; así vemos que dice D. Merejkowsky, en su obra *Le Roman de Leonardo de Vinci*: «El ideal de Maquiavelo es la unidad de Italia. Este ideal se traduce tanto en *El príncipe* (un gobernante solo para una sola Nación), como en el *Arte de la guerra*, un ejército nacional para establecer el orden en el interior y defenderlo de invasiones exteriores. Maquiavelo tuvo la visión de lo que sería Italia tres siglos después».

No fué sin duda el ser un gran escritor el carácter sobresaliente de Maquiavelo; fué esencialmente un patriota ardiente que sus detractores mismos lo reconocen.

Antonio Zozaya, prologando las obras de Maquiavelo, lo trata de hipócrita y de político sin escrúpulos, pero hace una salvedad cuando se refiere al *Arte de la Guerra*; reconoce un pensamiento central en esta obra, la formación de un ejército compuesto exclusivamente de italianos, ejército que debía tener una instrucción y disciplina que él mismo determinaba, como medio para llegar a un fin: Italia libre de extranjeros y constituyendo una nación.

En efecto, en aquellos tiempos, estaban en su apogeo

las compañías de venturas, llamadas condotieros que eran tropas armadas bajo el mando de su jefe, generalmente un aventurero que había logrado por diversas maniobras diabólicas siempre constituirse en señor de los que le seguían, los cuales combatían por quien mejor les pagase, y así como hoy eran fieles, al día siguiente lo traicionaban, si algún beneficio de ello podían obtener. Existía esta costumbre de entregar en manos de estos aventureros la suerte de una Nación, pues en general, en esa época reinaba la errónea idea de que era más fácil para el gobernante manejar a sus súbditos si éstos se hallaban desarmados e impotentes entonces para organizar revueltas; no alcanzando a comprender, como dice Maquiavelo, que nadie defendería mejor su territorio que los propios nacionales, ya que ellos lo hacían por salvar su hogar.

Cuenta Villari : « *El Arte de la guerra*, como toda la sociedad en Europa sufría en ese momento una grande y rápida transformación. Los hombres de armas cubiertos de hierro, de capa y espada, soldados de caballería con sus largas lanzas que habían actuado desde la Edad media terminaron por caer en descrédito y el alma de los ejércitos dejó de ser la caballería pesada. De aquí surgió principalmente la compañía de ventura, reduciendo a casi nada las milicias de las antiguas comunas. Entre estos se destacaron los infantes de Svizzera hasta el punto de que se decía que no se vencía sin tener un fuerte cuadro de Svizzera.

« Poco a poco, con este ejemplo, las fuerzas de los ejércitos se fundó en la infantería. »

Era el *condottiero* el prototipo del guerrero de profesión, soez, sanguinario, alcoholista. No hay duda de que fué una de las más brillantes ideas de Maquiavelo el comprender la necesidad urgente de arrojar de su patria a las bandas extranjeras a sueldo, que más que una ayuda eran un

continuo peligro y una verdadera afrenta para la nación; insinuaba Maquiavelo la conveniencia de militarizar en cierta forma a todos los habitantes en el sentido de que todos ellos tuviesen una instrucción militar adecuada, para que llegado el caso se pudiese constituir un ejército armónico y disciplinado. Se puede observar que Maquiavelo preconizaba el sistema seguido en nuestros días, iniciado por Prusia.

Sobre otro principio descansaba también esta obra, y es que el nervio de las batallas lo constituye la infantería, la cual quiere reformar haciéndola más liviana, dotándola solamente a la más ligera, de espada, de espada-puñal, escudo y yelmo, muy poca coraza; también hace resaltar la importancia de los alabarderos para contener a la caballería y respecto a los arcabuceros, dice que es más el efecto moral que causan que el material, pues con el estruendo que producen asustan a los paisanos y a las caballadas.

Dice a este respecto Villari : « Teniendo Maquiavelo la idea de que la infantería es la reina de las batallas y admirando a los romanos, estudia en Tito Livio, Polibio, y Vejezio sobre todo el orden, la formación y la disciplina de sus infantes y se convenció de que eran modelos difíciles no sólo de superar, sino de imitar. Con este principio se puso a meditar sobre la reforma de la infantería y de ahí surgió su « Ordenanza ».

Es curioso el papel que da a la artillería, vemos que dice que en los combates en campo raso sirven más para ocultar con el humo que producen los disparos a la propia tropa de la vista del enemigo, pues los proyectiles irán infaliblemente o muy alto o muy bajos; se debe esto a que estando el caño colocado sólidamente sobre la cureña, no era posible subir o bajar la mira, sino con grandes esfuerzos levantando o bajando toda el arma.

A mi juicio, en lo que a materia militar se refiere, se destaca en el *Arte de la Guerra*, lo que de fortificaciones contiene, así vemos que sostiene se deben realizar en ellas algunas modificaciones, como ser los muros mucho más anchos, pues con la artillería los actuales pueden ser fácilmente destruidos, sobre la conveniencia de que las tropas situadas no tengan salidas hacia bastiones exteriores, pues dice que si se vieran en situación difícil, abandonarían la plaza y se refugiarían en ésta; sobre la disposición de los fosos que los colocan en el interior de los muros, aconseja la manera más eficaz de combatir desde los bastiones y muchos otros que me parecen acertados.

Dice Girolamo Tiraboschi en su *Storia della letteratura italiana*, que Algarotti escribió varias cartas tendientes a probar que fué Maquiavelo un gran maestro de la guerra. Por el conocimiento que él poseía de las fortificaciones, confiesa que algunos de los modos prescritos por Maquiavelo, si bien en algunas de sus partes son sensatas, en otras son diabólicas. Cuenta Algarotti que algunos célebres generales se ilustraron en él.

Dejando de lado la parte técnica de esta obra y entrando a analizar su espíritu se ve en muchos de sus párrafos, resucitar al autor de *El príncipe*; en efecto, a veces se puede notar que no repara en ello con tal de vencer al enemigo, aconseja procedimientos que hoy los modernos repudiamos por considerarlos inhumanos, así vemos que admite como medio para rendir una plaza el envenenar el agua, recurre con mucha frecuencia a la traición y perfidia, la que parece ser para él la cosa más natural del mundo; sin embargo, no lo criticamos, sino que creemos sean éstos conceptos de la época en la cual seguramente no llamaron la atención.

Sin embargo, hay que convenir que Maquiavelo tiene

numerosos detractores, así por ejemplo Antonio Zozaya en su *Introducción a las obras de Maquiavelo*, lo ataca durísimamente, pretende que sus obras políticas por un lado y el *Arte de la Guerra*, por otro, llegan a una idéntica conclusión, como es el poder absoluto e ilimitado del principio, pues las ideas vertidas en éste serán llevadas a la práctica por un ejército nacional disciplinado y poderoso, pero agrega que a pesar de todos los defectos de Maquiavelo, en el *Arte de la Guerra* se observa un patriotismo ardiente que reviste los caracteres de una noble pasión.

No hay duda que llevadas las ideas de Maquiavela al terreno, fracasan completamente, ya hemos explicado anteriormente cuáles son los motivos. Recuerda la historia por intermedio de Bandello, dedicando *Su Novela* al célebre guerrero Giovanni de Médicis que estando aquél en Milán quiso poner en práctica algunos de sus procedimientos y estuvo al sol más de dos horas procurando organizar las tropas, pero que llegado el momento de maniobrar no pudo hacerlo. Ignoramos cuáles fueron los motivos por los cuales fracasó en su intento, mas seguramente se debió a la falta de práctica y disciplina en sus hombres ya que repetidas veces durante el transcurso del *Arte de la Guerra*, declara la imprescindible necesidad de la práctica y el perfecto conocimiento que debe tener cada hombre del lugar que le corresponde.

Sin embargo, no es esta la opinión de Pierre Bayle que dice, *Dictionnaire historique et critique*, que cuando no se conoce al *Arte de la Guerra*, más que por la lectura uno debe limitarse a la teoría porque si se quiere hacer maniobrar a un regimiento se expone hasta la burla del último soldado.

No poseemos suficientes conocimientos militares, sobre todo los de aquellos tiempos para poder fijar si los pro-

cedimientos tácticos de este libro debieran dar resultados eficaces, pero no comprendemos cómo algunos autores niegan la posibilidad de maniobrar con un ejército en esa forma, ya que todo se reduce a diferentes formaciones y manera de desplegar al ser atacado.

Las ideas de Maquiavelo en arte militar no permanecieron dentro de los límites de Florencia, así vemos que fueron propagadas por Du Bellamy, en Francia, y Diego de Zalazar, en España, afirmándolas Carlos V con sus insuperables soldados.

A pesar de las severas críticas de que ha sido objeto su libro, es indudable que revela una profunda observación unida a un completo conocimiento del arte militar clásico, palpitando en todas sus páginas el acendrado patriotismo de su autor que no renunciaba a la esperanza de forjar un arma que fuese blandida por el libertador de Italia.

Terminaremos esta crítica con las palabras de Etienne que textualmente, dice : « Resucitar las cosas extinguidas, construir una República romana o un Imperio Antonino, no embellecer solamente Italia, sino fortificarla, hacerla poderosa y libre es su sistema político y su filosofía de la historia, esta es la última palabra de esa obra. »

A continuación, daremos a conocer la trama en párrafos más salientes de esta obra compuesta de siete libros, a fin de que pueda el lector enterarse de los diversos puntos de vistas de ese gran florentino que se llamó Niccoló Machiavelli.

Primer libro

Comienza el libro primero con un elogio a Cosme Rucellai por el que sentía gran admiración y lo hace con estas palabras : Creo permitido alabar a un hombre después

de muerto, sin que en la alabanza haya motivos ni sospecha de adulación, y por eso no titubeo en elogiar a nuestro Cosme Rucellai, cuyo recuerdo me hace siempre verter lágrimas. Poseía cuantas dotes puede desear un buen amigo de sus amigos y la patria de sus hijos, porque no tuvo cosa suya, incluso la vida, que no pusiera voluntariamente a disposición de sus amigos, ni creo temiera acometer empresa alguna por atrevida que fuese, si comprendía que era útil a su patria». Dedica luego algunos párrafos en los que con rasgos pintorescos describe su carácter y su muerte lamentable, pues ocurrió a muy temprana edad, sin haber podido prestar algún gran servicio, de tal manera que sólo podía decirse de él que había muerto un buen amigo : agrega que cree es necesario demostrar el ingenio y sabiduría de su amigo, recordando la discusión que mantuvo con Fabricio Colonna, recién llegado de la guerra de Lombardía, sobre cosas de la guerra, diciendo a este respecto : « Colonna trató ampliamente de cosas de guerra, preguntándole de éllas Cosme con gran tino y prudencia. Yo y otros amigos presenciamos la conversación y voy a narrarla para que éstos recuerden nuevamente el talento y las virtudes de Cosme... »

Cosme Rucellai, había invitado a una comida además de Fabricio, a Zanobi Buondelmonti, Bautista de la Palla y Luis Alamanni « jóvenes todos y aficionados a los mismos estudios que Rucellai ». Continúa el relato diciendo que terminada la comida y siendo el día muy caluroso se retiraron a la parte más apartada y sombría del jardín, y allí, sentados sobre las yerbas, se pusieron a observar los árboles diciendo Fabricio que desconocía a la gran mayoría de ellos, a lo que respondió Cosme que no le extrañara, pues eran de la época de su abuelo, en que eran muy buscados y estimados, no siendo así hoy día.

A este respecto se inicia un diálogo entre Fabricio y Cosme, sobre lo provechoso que hubiese sido para sus contemporáneos y antepasados imitar las costumbres rudas y fuertes de los antiguos en lugar de dedicarse al lujo y la molicie.

Cosme reputa estas palabras diciendo que si bien sus antepasados están inspirados en los mejores ideales, no podían ir contra las costumbres de su época y dice : « ... así, pues, mi abuelo temiendo chocar con las actuales costumbres, solo imitó a las antiguas en lo que podían causar menos admiración ».

Fabricio continúa expresando que eran para él modelo de austерidad entre los antiguos los romanos y que en ellos se debían principalmente inspirar e imitarlos en algunas cosas, como ser : honrar y premiar a la virtud, no despreciar la pobreza, estimar al régimen y a la disciplina militar, obligar a los ciudadanos a amarse unos a otros, preferir los asuntos públicos a los intereses privados, etc.

Finalmente, Cosme lleva a Fabricio al tema que realmente le interesaba y que constituye el tema y el fin de esta obra, ya que lo anterior tiene más bien el carácter de introducción o prefacio, con la siguiente pregunta : « ¿Por qué censuráis que no le parezcan y al mismo tiempo en la guerra que es vuestra profesión y tenéis fama de excelentes, nada habéis hecho que se sepa para imitar los procedimientos antiguos, ni siquiera asemejarlos? » A esto se excusa Fabricio, diciendo que no se le ha presentado aún la ocasión de poder poner en práctica los antiguos procedimientos, pero dice que ya que así parece ser su deseo, lo pondrá al tanto de los preparativos, ocasiones y dificultades de tales empresas que aunque parezcan contradictorias es facilísimo y difícilísimo.

Continúa Fabricio diciendo que los hombres que tienen la guerra como profesión, son malos y aficionados a la rapina, que son pésimos ciudadanos, pues «la paz los ahorca», y por consiguiente, procuran por todos los medios, que las guerras abunden y se alarguen, recuerda a este respecto que muchos soldados de Italia, habiendo quedado sin sueldo por la terminación de la guerra, formaron compañías que se dedicaron a saquear pueblos y comarcas, sin que nadie se lo pudiera impedir, convirtiendo el oficio de las armas en una profesión a sueldo. Cita entonces Cosme a César, Pompeyo, Escipión y Marcelo, a quienes la fama celebra como dioses, y dice no explicarse cómo puede recordárseles en esa forma ya que adquirieron sus glorias en el fragor de las batallas, respondiendo a ésto Fabricio que si bien obtuvieron laureles como guerreros, no lo fué también de buenos.

Los soldados romanos no lo eran por profesión, sino que se armaban cuando algún conflicto ponía en peligro la seguridad nacional, volviendo inmediatamente a sus cultivos cuando el peligro pasaba; dice Fabricio que esto sucedía mientras hubo buen régimen, que «en una nación bien organizada se procurará hacer el estudio del arte militar, durante la paz y ejercitarlo en la guerra por la necesidad y para adquirir gloria, pero sólo cuando el gobierno lo ordene como aconteció en Roma».

Refiriéndose luego a los actuales reinos, dice Fabricio que niega que haya alguno bien constituido, pues todos los monarcas estaban rodeados exclusivamente por hombres de armas, siendo éstos temibles para el soberano que por otra parte, debía ser el jefe único de las tropas en tiempo de guerra, pues son necesarias las determinaciones rápidas y unidad de acción; que es oneroso para el Estado mantener un ejército continuamente, pues exige

ser pagado, y que el nervio de los ejércitos es la infantería y que si el reino no la organiza de modo que vuelvan contentos a sus casas los soldados en tiempo de paz y a sus ordinarias ocupaciones, necesariamente está perdido, pues la infantería más peligrosa es la formada por gentes cuyo oficio es la guerra.

Debe el rey, si quiere vivir seguro, formar su infantería con hombres que acudan de buen grado a pelear cuando así lo necesitase y que en la paz, con mayor gusto vuelvan a sus casas y esto pasará si fían su subsistencia en otra clase de trabajos.

Observa entonces Cosme a Fabricio que cómo explica él su situación ya que su oficio en las armas y conserva su sueldo en la paz, respondiendo éste que si esto sucediese con gran número de ciudadanos, sería evidentemente pernicioso, pero como acontecía con un número limitado, carecía de importancia ya que no estaban habilitados para guerrear por su cuenta.

Continúa luego Fabricio expresando que el fin que se propone quien hace la guerra es combatir con toda clase de enemigos y ganar batallas, que para conseguir esto es preciso organizar un ejército y para crear un ejército se necesita encontrar hombres, armarlos, ordenarlos, alistarlos, y que todo esto constituye el arte de la guerra campal.

Para reclutar las tropas, dice que cada Estado debe hacerlo dentro de su territorio, pues si bien se decía que los mejores soldados los proporcionaban los países templados creía él que con ejercicios y un adecuado entrenamiento podía conseguirse con los nacionales, según estaba perfectamente demostrado, grandes resultados, sobre todo si éstos pertenecían a la campaña, pues sus cuerpos estaban más acostumbrados a las inclemencias del tiempo. Agrega

que las buenas condiciones del que se ha de elegir para soldado, se conocen o por experiencia, si ya ha realizado alguna acción loable o por conjetura siendo esto último lo más común y que se forma atendiendo a la edad, el oficio y la constitución física del recluta.

Se extiende luego en una larga disertación sobre la forma en que los romanos reclutaban sus ejércitos, diciendo que era rápido y eficaz, « pues muchos de los elegidos eran prácticos en la guerra verdadera y todos ejercitados en la simulada... ». Se muestra partidario Fabricio de la milicia numerosa que no tiene por qué molestar a los ciudadanos y hasta su instrucción sirve de grata distracción a los jóvenes, que en vez de vagar en los días festivos, irán a los ejercicios militares; agrega que ésta no debe ser paga, pues se necesitarían grandes sumas para satisfacerlo y por tanto los que defienden una milicia nacional pagada en tiempo de paz, defienden una cosa inútil e imposible.

A continuación, pide Cosme a Fabricio que le aclare la siguiente duda : « Dicen algunos que la multitud armada produce confusión, escándalo y desorden en el país. » Contesta éste negándolo, pues dice que más bien servirían para reprimirlos si sus jefes están bien elegidos.

Termina el primer libro preguntando Cosme que si organizaría milicia de caballería para que se ejercitase durante la paz y sirviera en la guerra, contestando Fabricio afirmativamente y agregando que los elegiría entre los más ricos y que les daría el sueldo estrictamente necesario para mantener el caballo.

Segundo libro

Se inicia el segundo libro, con un diálogo sobre las armas usadas en la antigüedad, y dice Fabricio : « Una vez

elegidos los soldados, lo necesario en mi opinión es armarlos y para ello me parece lo más conveniente estudiar las armas que usaban los antiguos y escoger de ellas las mejores. »

Los romanos dividían su infantería en pesada y ligera, llamándose los primeros Velites, que comprendían a los combatientes con hondas, ballestas y dardos, llevando como armas defensivas cascós y rodelas. Combatían a alguna distancia de la infantería pesada que estaban armadas, con celadas y corazas, llevaban un escudo largo y como armas ofensivas espada y puñal y un dardo que arrojaban contra el enemigo. Tales eran las armas con que los romanos conquistaron al mundo. Además de las armas, llevaba la infantería romana penachos que adornan y da al ejército un aspecto bello para sus amigos y temible para sus contrarios.

En lo que se refiere a la caballería no usaban en los primeros tiempos otras armas defensivas que escudo y casco, y como arma ofensiva espada y pico, siendo después armada como la infantería.

Dice Tito Livio en su historia, cuando compara al ejército romano con los de sus enemigos : « Pero los romanos por su valor, por la clase de sus armas y por la disciplina, eran mejores. »

Se refiere luego a las armas que se usaban en esa época, y cuenta que llevaba la infantería para su defensa, peto de hierro y para ofender pica y espada; que los escopeteros formaban parte de la infantería y que sus armas hacían los mismos efectos que antiguamente los honderos y ballesteros. Dice que este armamento fué puesto en uso por alemanes y suizos que, siendo pobres, no podían mantener caballería.

Interrogado Fabricio sobre qué armamento le parecía

mejor, si el de los tudescos o el de los antiguos romanos, se inclina por el de estos últimos; decía que la infantería tudesca conforme está armada, puede resistir y vencer a la caballería, es más liviana y más rápida, pero que, como carece de armas defensivas, es inútil para los sitios y es vencida cuando el enemigo opone tenaz resistencia. Hay entre ambos, pues, la diferencia de que los romanos podían vencer a la caballería e infantería, y los tudescos sólo la caballería.

Dice Fabricio, que : « La buena infantería debe saber y poder rechazar lo mismo a las tropas de a pie que a las de caballo, cosa que depende del armamento y la organización. »

Cosme pregunta entonces que cómo debería armarse una buena infantería, a lo que responde Fabricio, que adoptaría las armas romanas y las tedescas por mitades; en cuanto a la caballería prefiere la actual a la antigua, aunque dice que su importancia es muy relativa, ya que sería fácilmente vencida por una infantería inteligentemente organizada y no debe admirar a nadie que un pelotón de infantería resista el empuje de la caballería, porque el caballo es un animal sensato, conoce el peligro y no se expone a él voluntariamente.

Continúa luego su exposición Fabricio, refiriéndose a los ejercicios a que someterían los romanos a sus tropas y refiere : « Aunque los soldados estén bien elegidos y mejor armados, debe cuidarse con grandísimo esmero en ejercitarlos, porque sin ello, no hay soldado bueno. » Dice que los ejercicios deben tener tres objetos: endurecer el cuerpo, acostumbrarlo a sufrir las fatigas, aumentar su agilidad y destreza; otro, instruirle para que siempre ocupe el sitio que le corresponde en el ejército.

Cuenta que para el manejo de las armas, daban a los

jóvenes armamentos doble más pesados que los ordinarios; por espada, un palo revestido de plomo, así al tomar las que se servirían en un combate real, les pareciese mucho más livianas y fáciles de manejar.

Después de esta breve disertación sobre los ejercicios, lleva Fabricio nuevamente su conversación hacia la organización de los ejércitos y en este sentido dice que deben aprender los soldados a estar en fila, obedecer las señales, los toques y las voces de sus jefes, estando a pie firme, retirándose, avanzando, combatiendo y caminando, pues sin esta disciplina, nunca habrá ejército bueno.

Se extiende luego en una larga explicación sobre la ordenación de las legiones romanas y las compara con las de sus tiempos y dice : « Que organizaría su infantería, la mitad con escudos y la otra mitad con picas y las demás armas, que para cada batallón tendría un condestable, cuatro centuriones y cuarenta decuriones y los vélites ordinarios a la orden de un jefe y cinco centuriones, nombraría pues un general de la brigada y que ésta constaría de diez batallones de seis mil hombres »; termina esta disertación con estas palabras : « El rey o la República que quiera tener a sus súbditos o ciudadanos dispuestos para la guerra, debe organizarlos de este modo y con las citadas armas, formando en el país tantas brigadas, como sean posibles. »

Enaltece luego la importancia de las prácticas de conjunto y expresa que deben reunirse los batallones de cada brigada, una o dos veces al año en tiempo de paz, con el objeto de que practiquen operaciones como si fueran a dar una batalla.

En lo que se refiere a la organización de los batallones, le parece que cada uno debe tener cuatrocientos soldados de armas pesadas, deben en formación dividirse en ochen-

ta filas de cinco soldados cada una. Para la formación del batallón, en combate, se puede proceder de tres maneras : 1º la organización maciza formando dos cuadros ; 2º formar el cuadro con dos cuerpos en el frente ; y 3º formarlo con un espacio vacío en el centro al que se llama « plaza » ; de todos estos sistemas, se inclina por el primero y se extiende a continuación en una larga relación sobre el modo que siguiendo el primer sistema debe ordenarse el combate.

Interrogado por Cosme, sobre qué equipaje deben llevar en su opinión cada uno de los batallones, contesta : Que cree en primer lugar, que ni los centuriones ni decuriones deban ir a caballo y si el condestable deseara cabalgar, le daría un mulo, que permitiría dos furgones, uno a cada centurión y otro para tres decuriones : cada batallón tendría 36 carros que llevarían las tiendas, utensilios de cocina, hachas y estacas.

Dice Cosme a continuación, que si bien no duda que serán necesarios todos los jefes que coloquen cada batallón, cree que tantos hombres con mando puedan producir alguna confusión, a lo que responde Fabricio, que así sucedería en efecto, si no dependieran todos de un solo jefe.

Pregunta Cosme : « Desearía me explicarais si habéis pensado en ello : ¿cuál es la causa que en nuestros tiempos haya tanta desidia, tanto desorden y tanta negligencia en los ejercicios militares ? » Contesta Fabricio : « Antiguamente, las ciudades vencidas eran arrasadas, apoderándose el conquistador de sus bienes, de suerte que los vencidos quedaban en la última miseria y que amedrentados, los hombres por ese temor, no olvidaban los ejercicios militares y honraban a los que en ellos sobresalían ; pero que en sus tiempos, el miedo casi ha desaparecido,

porque ni a los vencidos se les mata, ni siquiera se les tiene largo tiempo prisioneros. »

Termina el segundo libro con una explicación de Fabricio sobre la forma en que organizaría la caballería y lo hace así : Respecto a las armas, les daría las que hoy tienen, aunque les agregaría algunos ballesteros y arcabuceros, pues si bien éstos son generalmente poco útiles, sirven sin embargo, para asustar a los paisanos, hasta el punto de valer más un arcabucero que veinte soldados con otras armas; en cuanto al número la formaría con trescientos caballos efectivos para cada batallón, divididos en ciento cincuenta hombres de armas y otros tantos caballos ligeros dando a cada uno de estos cuerpos un jefe y quince decuriones.

Tercer libro

Inicia Maquiavelo el tercer libro, dando la palabra a Cosme, quien expresa que puesto que la conversación tomaría otro giro, quiere que sea otro el que pregunte, pues teme ser tachado de presuntuoso y a pesar de que los presentes insisten que continúe con la palabra, termina por tomarla Luis Alamanni, por ser el más joven de ellos y deber agradarle más las cosas de la guerra ya que éste es ejercicio de los jóvenes.

Continúa Fabricio en seguida su narración, explicando de qué modo disponían en el momento de la batalla sus tropas los griegos y los romanos y a ese respecto expresa que la mayor falta que puede cometer quien ordena un ejército para combatir, es formarlo en una sola línea de frente y hacer que el éxito dependa de un solo ataque; los romanos dividían las legiones en tres cuerpos, uno formado tras del otro, combatiendo primeramente el primer

cuerpo, si era vencido, se retiraba y combatía el segundo y lo mismo pasaba con el tercero si no vencía el segundo; por consiguiente, el combate entre los romanos se componía hasta de tres ataques y si éstos eran infructuosos, daban la batalla por perdida lo que rara vez sucedía.

Los griegos, cuenta que operaban de diferente manera, pues no formaban sino un solo cuerpo con varias líneas, y al ser muertos los combatientes de la primera fila, eran reemplazados por los que se hallaban a sus espaldas.

Fabricio considera muy superior el sistema de los romanos y lamenta que los suizos hayan imitado a los griegos en vez de aquéllos y opina que los ejércitos modernos deben formar aprovechando en parte la organización y las armas de la legión romana y en parte de la falange griega.

A continuación, se dirige Luis a Fabricio, con las siguientes palabras : « Impacientes estamos por saber cómo formaréis para librarr batalla, un ejército ordenado y armado según vuestro sistema. » « Tomaría dos brigadas, dice Fabricio, una la colocaría en el flanco izquierdo y la otra en el derecho, luego a cada brigada la dispone colocando en primera fila cinco batallones, tres en la segunda y dos en la tercera » ; también dice que dedicaría algunas tropas a la custodia de los furgones.

Por primera vez, Fabricio menciona a la artillería, diciendo que pondría algunas piezas en el frente de la brigada de la derecha.

Luego, imagina Fabricio una batalla de acuerdo con las reglas expresas y narra en algunos párrafos cómo se desarrollaría una acción, si terminara, como supone, con la victoria.

Al hablar del uso de la artillería en el combate que imagina, dice Fabricio que las haría disparar una sola vez,

ya que las balas pasarían sobre las cabezas de los soldados y en seguida tomaría las piezas del enemigo. Extrañado de esto, pregunta Luis : « ¡Por qué vuestra artillería dispara una sola vez y ordenáis en seguida retirarla a la retaguardia, sin hacer después mención de ella? » A lo que responde Fabricio, que es sumamente difícil que la artillería dé en el blanco, pues si se eleva un poco la mira, pasarán los tiros altos y si se baja, generalmente pegarán en el terreno, que no haría disparar su artillería más de una sola vez, pues el humo que llega a los soldados impide la visión del enemigo y que considera que la mejor manera de librarse de los proyectiles enemigos es apoderándose cuanto antes de su cañón.

Continúan unas series de preguntas y respuestas sobre la forma más conveniente de organizar los batallones y recalca Fabricio la importancia que tiene que cada jefe sepa dónde debe estar colocado su batallón y dice que la mejor manera de que esto suceda es enarbolar la bandera Capitán y con toques de corneta transmitir las órdenes. Le parece que la bandera del general debe llevar las armas del soberano; las otras pueden tenerlas también variando el campo o poniéndole otras señales. Se refiere a continuación sobre la importancia que tienen los toques de corneta y opina que junto al general en jefe debe estar el trompeta que debe utilizarse también para excitar el valor de los soldados; junto a los jefes de brigadas pondría flautas y tambores.

Agrega finalmente, que al combatirse debe atacar furiósamente, con grandes gritos los vélites extraordinarios y la caballería ligera y el resto de las tropas en silencio, pues lo primero sirve para enardecer las tropas y el silencio permite que se oigan las órdenes transmitidas por los jefes. Con estas palabras termina el tercer libro.



Cuarto libro

Toma la palabra Luis para decir que abdica del cuidado de preguntar y se la transfiere a Zanobi, el que acepta, el cual dice a Fabricio : Si hay alguna otra manera de organizar los ejércitos y que cuales son las precauciones que debe tomar un general antes de empeñar la batalla y como se remediarían los accidentes ocurridos durante la lucha.

Responde Fabricio, diciendo : que si bien ya propuso él un determinado orden de batalla, que podían hacer en él las modificaciones que la clase de enemigo y la naturaleza del terreno aconsejara.

Sostiene la conveniencia de mantener la línea de batalla profunda y poco extensa que se debe alargar o estrechar el frente de batalla, según el número de las fuerzas que intervengan en la acción, conviene también ocupar el sitio más elevado aunque debe cuidarse que no sea al pie de una montaña por donde pueda venir el enemigo, occasionando mucho mal con su artillería, mientras que los que subiesen, al pie no podrían disparar la suya, por estar el enemigo en un sitio más elevado. También debe el que empeña un combate tomar otras precauciones, como ser ; cuidar que ni el sol ni el viento hieran de frente a sus soldados.

Los jefes, al dirigir sus tropas, deben estar dotados de gran inteligencia y saber combatir de acuerdo con las circunstancias y muchas veces como deseé el enemigo, siempre que se dé cuenta que pueda, con ello, alcanzar la victoria; así le conviene a un ejército muy inferior en caballería, formarlo entre viñas, árboles u otros obstáculos; los generales más célebres de la historia al ver reforzar al enemigo

un lado de su línea de batalla, no le han opuesto la parte más fuerte, sino por el contrario la más débil, atacando con el centro de sus tropas a la parte más débil del contrario.

Le parece que quien quiera tener la seguridad de no ser derrotado, debe colocar su ejército donde le sea fácil refugiarse y el enemigo no pueda perseguirle aunque venza.

Entre los antiguos, los jefes más elogiados por la manera de disponer las tropas, fueron Aníbal y Scipión.

Cuenta que para desordenar al enemigo durante la lucha, es preciso hacer algo que le asuste, como anunciar la llegada de refuerzos, estas estratagemas han dado generalmente muy satisfactorios resultados.

De la misma manera que se puede con esas estratagemas asustar al enemigo, un accidente puede desmoralizar a las propias tropas y es necesario en ese caso saberlo ocultar, pues si se produce el pánico es muy difícil contener la huída, sobre todo si ésta es general; asimismo en este caso, a veces la serenidad y valor de un general puede contenerlos, como hay varios ejemplos en la historia.

Cuando se obtiene una victoria, no se debe descansar, sino perseguir al que huye hasta terminar el triunfo. En caso de ser derrotado, debe procurarse sacar algún partido de ella, y sobre todo cuando le quedan aun restos de su ejército.

Advierte Fabricio a los generales que deben tener junto a sí hombres fieles y prudentes, de quienes continuamente se aconsejen.

Cree Fabricio que la batalla sólo debe empeñarse cuando se tiene la confianza de vencer, aunque le parece que no puede evitarse, si el enemigo se empeña de combatir de cualquier modo.

A veces, los soldados desean pelear y el general lo con-

sidera temerario, en ese caso debe procurar convencer a las tropas sobre la desventaja que le proporcionaría y si fuera necesario debe enviar algunos al sacrificio para demostrarlas.

Puede también ocurrir lo contrario; en ese caso hay que irritarle contra el enemigo pronunciando arengas, así es conveniente que cada general sea un buen orador.

Quinto libro

Dice Fabricio, al comenzar el quinto libro, que enseñará a los oyentes del modo de disponer un ejército contra un enemigo, que no se ve, pero cuyo ataque se teme. Cuenta que los romanos llevaban adelante algunas tropas de caballería como exploradores, continuaba el ala derecha y luego los carros; finalmente venía una legión con sus carros y el ala izquierda.

Antiguamente, también, cuando el enemigo era muy temible, se formaba en cuadros que poseía la ventaja de permitir combatir por los cuatro lados.

Aconseja Fabricio este último sistema, como el que ofrece mayores garantías, ya que van seguros contra los ataques tumultuosos de los paisanos en cuyo caso se encargará el general de la caballería ligera y algunas compañías de vélites que los rechacen.

Explica Fabricio : « En este sistema de ordenar un ejército contra un enemigo que no se ve, pero que teme, es indispensable y sumamente útil, acostumbrar a los soldados a marchar preparados a la lucha y a formarse en batalla en el camino para combatir de frente, por retaguardia o por cualquiera de ambos flancos, restableciendo después el orden de marcha. »

Zanobi, pregunta a Fabricio que si al efectuar las di-

versas evoluciones transmite las órdenes con trompetas y que si los soldados que van adelante de las tropas para allanar el camino, deben ser soldados o trabajadores; responde Fabricio, diciendo que las órdenes del jefe deben ser claras y precisas, que muchas acciones se han perdido por faltarles ese carácter y que si se dan con cornetas los toques deben ser tan distintos, unos de otros, que no se puedan confundir; en cuanto a los trabajadores, lo constituirán hombres de la misma tropa.

Continúa comentando la frugalidad de los soldados romanos, que se conformaban con un trozo de pan y unas gotas de vinagre, en tanto que en los ejércitos modernos, hay que proporcionar al soldado vino, pan cocido y otros alimentos.

En la antigüedad, las guerras enriquecían siempre al vencedor, pues se apoderaban del botín, y esta costumbre era perniciosa para la disciplina, pues las tropas, con tal de apoderarse de algunos tesoros, descuidan la terminación del combate.

Deben los generales, cuando llevan su ejército por tierras enemigas, guardarse especialmente de las emboscadas, en las cuales se cae de dos maneras : o caminando descuidado, o dejándose atraer por la astucia del enemigo y prever su intención; una emboscada imprevista puede ser fatal, pero prevista no ofrece mayores peligros.

Se refiere luego a los accidentes que pueden ocurrir durante las marchas y dice Fabricio que sucede a veces, que teniendo delante al enemigo, puede suceder que un general tema entrar en combate, por considerarse inferior o por cualquier otro motivo; aconseja en ese caso, el empleo de la astucia y cita una serie de procedimientos, que tienden a despistar y alejar a los contrarios. Con estos consejos, pone fin al quinto libro.

Sexto libro

Al comenzar este nuevo capítulo del *Arte de la guerra*, Zanobi cede el cuidado de interrogar a Fabricio a Bautista de la Palla, quien pide a aquél que continúe con su razonamiento a lo que accede gustoso, explicando extensamente de la manera que los romanos acampaban sus tropas, diciendo que los imitaría en la gran mayoría de sus disposiciones por considerarla muy superior al sistema practicado por los griegos.

Terminada esa narración, pregunta Bautista, que cuáles son las precauciones que debe tomar el que quiera acampar cerca del enemigo. Responde Fabricio, expresa que ningún general acampa cerca del enemigo, si no está dispuesto a dar la batalla, cuando éste quiera y que con tal resolución no corre ningún peligro extraordinario, porque tiene ordenadas siempre para pelear las dos terceras partes de su ejército. No recuerda Fabricio que en la antigüedad se colocaran centinelas fuera de los fosos, como entonces se hacía; cree este sistema peligroso, pues es confiar en unos pocos la seguridad de todo un ejército, y por otra parte, sucedía fácilmente que fuesen éstos sorprendidos por el enemigo.

Se refiere luego a la consigna que según su parecer debe ser renovada diariamente, que debe ejercerse una severísima fiscalización sobre los que entran y salen del acampado, evitándose así inteligencias con el enemigo. Opina que el soldado que cometiese cualquier incorrección, debe ser severamente castigado, para que temiese cometerla, pero que también debía premiarse y ensalzar los actos de valor.

Cree que el acampar es todo un arte, que debe hacerse

cerca de lugares donde pueda procurarse un rápido refugio, donde sea imposible ser cercado; hay que evitar las enfermedades y el hambre procurando que no se desordene el ejército, pues para mantenerlo sano, es preciso que el soldado duerma bajo la tienda que se aloja, donde haya árbol que dé sombra y leña para cocer la comida y que no camine durante las horas de gran calor; no debe faltarles el vestido necesario, ni beber agua malsana; con el ejército irán médicos para curar a los enfermos.

No cree en los ejércitos numerosos y dice que nunca llevaría a campaña más de cincuenta mil hombres, que la disciplina reemplaza al número.

Cita a continuación numerosas reglas de astucias, siendo algunas de las más interesantes, la siguiente : Dice que cuando se sospeche de la fidelidad de alguno de la tropa debe comunicársele lo que no se piensa hacer y ocultarle lo que se hará; esto alentará al enemigo a realizar alguna operación creyendo conocer los propios planes y será fácil prever el modo de vencer. Para conocer los secretos del enemigo y saber su disposición, se pueden enviar embajadores con jefes peritísimos, disfrazados de criados, los cuales podrán así formarse una opinión sobre las tropas enemigas.

Continúa con sus reglas de astucia y luego, dice que el primer cuidado del general, debe ser la seguridad de castigar y pagar a sus soldados, pues, cuando faltan las pagas, falta la justificación del castigo. Hay que aprovechar de las costumbres para engañar a veces al enemigo, pues ateniéndose a lo que conoce, llega a su perdición.

Dice que antes o después de una victoria, conviene mucho asegurarse de una plaza cuya fidelidad sea sospechosa, y termina el sexto libro aconsejando no hacer la guerra en invierno, siendo lamentable que en sus tiempos se hiciera.

Séptimo libro

Dedica los comienzos de este libro Maquiavelo, a poner en boca de Fabricio el tema de las fortificaciones y comienza éste diciendo que las ciudades pueden ser fuertes por la naturaleza o por el arte. Cita algunas reglas sobre la construcción de las fortalezas, como ser, que el primer cuidado del ingeniero es edificar los muros en línea quebrada, si los muros son demasiados altos presentan mucho blanco a la artillería, y si son muy bajos, se escalan fácilmente, los fosos deben ser interiores, profundos y sin agua, según su parecer.

Dice que la artillería gruesa que defiende a la ciudad, se pondrá sobre el muro interior que cierra el foso.

Son peligrosos los castillos en que es fácil a los defensores subir, pues sabiendo que lo pueden hacer, abandonan más fácilmente la defensa de la plaza.

A continuación, habla de los puentes y puertas, opina que los rastrillos que son maderos en forma de rejas que se suben y bajan son indispensables, pues como esta maniobra se hace mucho más rápidamente que la del puente levadizo permite cerrar el foso al enemigo, que viene persiguiendo a las propias tropas cuando han realizado una incursión.

Respecto al ataque y defensa de la fortaleza, conviene advertir, según Fabricio, que lo que más esperanza infunde al sitiador, es saber que los habitantes de la plaza no tienen costumbre de ver al enemigo, pues entonces, muchas veces el miedo les hace abrir las puertas.

En cuanto a los asaltos, debe sobre todo, procurarse rechazar la primer embestida y aun en el caso de penetrar

el enemigo en el interior de la ciudad, todavía tienen sus habitantes medios de resistencia si no se acobardan.

Cuenta Fabricio que en la antigüedad se tomaban muchas fortalezas por medio de minas, haciendo una excavación por la cual penetraban en la plaza o sino, colocando pólvora bajo los cimientos, con lo cual se vencía la resistencia de la muralla volteándola.

Una gran cualidad de los sitiados debe ser la confianza que infunde muchas veces desesperación y temor entre los sitiadores.

Da a continuación Fabricio, algunas reglas generales, tales : « que vale más vencer al enemigo por hambre que por las armas ».

« Lo más útil en la guerra es conocer las ocasiones y saberlas aprovechar », etc. Continúa luego comentando las cualidades necesarias a un buen general, y dice que no elegiría para ese cargo sino al que supiese practicar cuanto ha explicado y que fuese capaz de elegir recursos oportunos.

Termina el *Arte de la guerra* diciendo que lamenta no poder poner en práctica, personalmente, todo lo que hasta ahí había explicado, pues esto sólo era dado hacer a los príncipes, que podían disponer de gran cantidad de hombres y agrega que es lamentable que los príncipes que quedan, vivan con gran desorden.

Jesús H. Paz (h.). Avelino Quirno Lavalle.